

**CUENTO N° 233**

**TÍTULO: JUAN**

**SEUDÓNIMO: PETER OWL**

**AUTOR: JOSÉ DEMETRIO BARROS LECAROS**

## JUAN

Juan, próximo a cumplir los 16 años, y su madre, Carmencita, son bien apegados. Entre ellos hay un mutuo entendimiento. Mujer joven, es lavandera y hace algo de costura. El tejido, sólo para las necesidades de ellos. Muy solicitada por lo hacendosa, ha logrado algo más de lo necesario para vivir. Siendo alegre y servicial, es querida por todos en el barrio. Juan encuentra linda a su mamá. Tanto, piensa, como la joven que aparece con un niño en su regazo, en una modesta copia de una pintura famosa colgada sobre la mesita que Carmencita adorna con flores sencillas y siempre frescas dentro de un vaso largo con agua. Juan, "mi bendición" como lo llama en ocasiones Carmencita, posee sus mismas cualidades. No se preocupa por el día que sus manos no podrán estregar o sus ojos enhebrar una aguja, ahí estará Juan. Aplicado en la escuela, aprende bien las materias. En invierno, lo más grave es un resfrío de no más de una semana. Le gusta jugar al fútbol, aunque es torpe con la pelota. Pero ya lo tienen sin cuidado las reprobaciones de los amigos o las burlas de los contrarios. Tiene el puesto asegurado por ser quién completa el equipo. En los partidos se le respeta, por ser fuerte y rápido. Fue este verano cuando, casualmente, vio a Rosa, vecina y amiga con su mamá, en la bañadera. Descubrimiento de piel y formas femeninas que calla a sus compañeros para así sentirse superior al escucharlos fantasear sobre mujeres. Conocimiento que si bien duró menos que una salida de sol, era más que las ocasionales palmaditas en las nalgas permitidas a don Lucho por esa Venus Calipigia los días de fiesta en el barrio.

Carmencita y Juan viven en uno de los tantos cerros, 40 según testimonio del cronista, de Valparaíso.

El padre de Juan, aventurero apuesto e instruido, liberándose en la caleta Portales de varios días previos de juerga, rompió su promesa nacida de la música, baile, vino, poesía y amor huyendo en el vapor rumbo a...Arica o Puerto Montt? En esto, Carmencita no tiene memoria. Ah! pero que entiendan los afuerinos. Ella es viuda, que guarda con celo, pero sin retrato, la memoria del difunto. Es su porte frente a la fastidiosa insistencia de tanto pretendiente enamorado. Ya tiempo que alcanza el sueño plácido por el cansancio de sus quehaceres y no por el agotador desasosiego de vivencias de hace más de una década. Si mira el horizonte oceánico no es esperando noticias por el norte o por el sur.

No hay día que Rosa no se asome por donde Carmencita." Voy donde don Lucho, necesitas algo? " y de vuelta del almacén, depositando el encargo " don Lucho dice que mañana hay sol fuerte...lavamos ? " La respuesta afirmativa deja feliz a Rosa. "Ah, entonces vuelvo mañana temprano donde don Lucho por jabón...ahora recuerdo que quedan sólo restos y hay harto cortinaje que lavar." Carmencita sonríe por su amiga, sin levantar la vista del barrido de la pieza que hace de cocina. Días atrás, cayendo la tarde y retrasado como estaba, Juan tuvo que tomar el atajo que su mamá siempre rehuía. Cosa que no entendía, pero nunca obtenía aclaración. En la esquina encontrada a la cantina, donde el guitarreo del jolgorio espera la noche cerrada para iniciar, lo sorprendió una apacible melodía que mientras se esfuma muestra a un hombre ya mayor, alto y flaco, notoriamente sus huesos se rendían a los años. El ala del sombrero, de esos de moda entre los

oficinistas de la calle Condell, deja vagamente que la claridad crepuscular muestre su cara. Fijó entonces su mirada en el instrumento, para él desconocido. Sostenido por dedos de manos notables, tan buenas para el hacha como para pasar las páginas de un libro o tomar las manos de mujer como si fueran de seda. Sonrió ante la expresión de Juan "¿Te gusta? es un clarinete". Su voz tiene la ronquera del buen fumador. La impresión en Juan no le impidió también sonreír y decir " Me tengo que ir, la mamá me espera." Lo vio partir corriendo calle arriba, con sus piernas largas y fuertes, como que fue saltando de dos en dos los escalones. Por un instante, el hombre fue feliz. Apresuradamente, hace espacio a las piezas del clarinete entre los libros que guarda en la maleta y sin mirar hacia la cantina recién iluminada, toma el camino hacia el plano.

A mediodía de ese luminoso y tibio sábado invernal, paseando con los amigos por El Almendral, de improviso Juan ve al " hombre del clarinete" en la puerta de la casa de don Eduardo, apodado "el gringo" por su apellido. Fuman mientras conversan. Curioso, se detuvo para observarlos con plenitud, a prudente distancia, dejando a sus compañeros alejarse. Se trataba de un diálogo serio de conocidos, que se despiden de un apretón de manos al ser interrumpidos por Pilar, quién entrega al interlocutor de su patrón un portaviandas y algunos volúmenes amarrados, previa lectura aprobatoria de don Eduardo del título en el lomo. "El gringo" era un buen cliente de su mamá por la cantidad de encargos y pronto pagador. Y para Juan, siempre un billete. Con unos socios, tenía que ver en el negocio de un vapor que hace cabotaje de carga y pasajeros. Le gustaba la música, la lectura y como inglés que era, el fútbol. Todo esto lo supo escuchando, disimuladamente, los comentarios de Pilar a su mamá, cuando la primera llevaba

y retiraba los paquetes de ropa. A su vez, en gesto de gratitud, Carmencita le hablaba de su "bendición". Juan no insistía en saber más, porque la mamá siempre encontraba pretexto para evadir las preguntas. Como con la calle que servía de atajo.

Ese día, su concentración fue absoluta en intentar imaginar la afinidad entre el hombre del clarinete y el gringo, personajes de quienes tenía una percepción tan disímil. Recién pudo dormirse al tomar la decisión de volver mañana a la esquina de la calle que sirve de atajo.

Lo divisó sentado en la maleta, ensimismado con sus pensamientos, la vista fija en la cantina. Por lo mismo, se contuvo de acercársele de primera, acortando el paso. Al notar su presencia, el hombre, en un mismo acto acogedor se pone rápidamente de pie, con los brazos separados del cuerpo como significando un abrazo y una alegre expresión de sorpresa. Extrañamente, en el buen rato que pasaron juntos, ambos se cuidaron de no molestarse con preguntas del uno sobre el otro. Por mutua timidez, como si antes quisieran conocerse por sus latidos del corazón y escucharse respirar. Advirtió que Juan miraba con insistencia la maleta con libros. Le cuenta que su oficio es la venta particular por cuenta de un conocido. Por la notoria curiosidad de Juan, le promete buscarle los de aventuras en mares y tierras lejanas. Sabe de algunos con increíbles dibujos en colores.

Al entrar en la casa, Rosa ayudaba a Carmencita en la cocina, lo que ésta le agradecía. Era tan rápida para pelar, cortar, picar y desplumar aves, legumbres y personas. Ahora el cuento era que se enojó con don Lucho por lo mezquino con el dinero, que no arreglaba la cornisa sobre el frente del almacén que estaba por venirse al suelo. Ayer no más cayó un pedazo sobre la vereda, espantando al

burro de Carmelito. Del susto, el pobre animal se puso a brincar, tirando por el suelo la mercadería que le abastecía el negocio. "Debe estar esperando que se caiga completa ¡Imagina que sobre la gente que pasa! Pero no me hace caso." Madre atenta, pensó en advertirle a Juan que transitara por la vereda de enfrente, pero éste ya se había quedado dormido, fascinado con el suceso del día.

Tan desiguales amigos empezaron hacerse mutua compañía durante esos días, ahí, en la esquina encontrada con la cantina. A veces, la conversación se iniciaba sobre cualquier asunto. Otras, mirando a los transeúntes en sus trajines diarios o la pizca de mar que se divisa al final de la calle que baja. Le entusiasma el sonido de las notas del clarinete. Los libros prometidos, que fueron tres, son hojeados, comentados, sus láminas admiradas. Todo aumenta el mundo conocido que aprende en la escuela. Ya los imagina ahí, apilados junto a su cama, listos para antes del sueño.

La felicidad de Juan lo hace presentir que será un amigo por mucho tiempo e imagina incorporarlo en sus vidas, ¿por qué no? En la silenciosa oscuridad de la noche, surge la claridad. Mañana, día de su cumpleaños, lo invitaría al festejo que su mamá preparaba. A Carmencita le encanta que haga amigos.

Fumando frente a la cantina, el hombre del clarinete se despide de una vez por todas del fantasma de Mercedes, la mejor bailadora de Zamacueca, la mujer que lo embrujó hasta hacerlo cometer traición, para después terminar abandonada por el marino francés que prometió volver por ella de vuelta de la Polinesia. Dominada la pasión, no siente rencor ni amabilidad, sólo impaciencia por brindar de la última botella por un pasado absolutamente enterrado y enfrentar el futuro con la hombría que no tuvo en ese ayer que acaba de matar. En eso aparece su joven

amigo, con la cara luminosa, como la noticia que le entrega. Aprieta las mandíbulas y labios intentando que la humedad de los ojos no caigan en lágrimas. Sólo se permite poner sus manos en los hombros del muchacho. Juan intuye la verdad que ese apretón es un " ahí estaré".

Una vez separados, se dirige donde don Eduardo para retirar la maleta con algunos tomos y el clarinete. Y agradecerle, ahora sin vergüenza por las lágrimas, por estar siempre ahí, sin juzgamiento.

Encamina al compromiso con tranco apurado, lleno de confianza. Ni siente el peso de la maleta. Con ánimo entusiasta, a pocos pasos de alcanzar el almacén de don Lucho, todo dentro de sí exclama " ¡Carmencita, si le pusiste mi nombre ! Es que me perdonas, ¿cierto? ", oración expiatoria que lo deja sordo al rugir del monstruo subterráneo que se abalanza sobre la ciudad.

Increíblemente, la primera sacudida fue resistida por la cornisa del almacén. Pero el segundo remezón, a las ocho y seis minutos, fue demasiado. Juan quedó sepultado, aferrado a la maleta con los regalos para su hijo Juan, "bendición " de su madre.

Valparaíso, después del terremoto del 16 de agosto de 1906, nunca volvió a ser el mismo.

FIN.